

62 Como este pleyto no debia decidirse por razones especulativas sino por experimentos, se apeló á la experiencia, y á una experiencia que parecia que excluía toda perplexidad por parte de los que defendian la cura. Recibieronse, y se dieron al público impresas las atestaciones de muchos Medicos residentes en varios Payses de la Gran Bretaña; por las quales constaban dos cosas: La primera, que la insercion libraba ciertamente del riesgo de padecer de nuevo viruelas. La segunda, que era contingencia sumamente rara el que alguno muriese de las viruelas artificiales, exceptuando el caso de constitucion epidémica, en la qual morian algunos de los mismos que procuraban precaverlas; pero sin comparacion menos que los que padecian las viruelas naturales; hallandose, por cómputos fieles, que de estos moria la octava parte, y aun algo mas; de aquellos ni aun moria la octogésima.

63 Esto es lo que he leído en las *Memorias de Trevoux* de los años 24, y 25: si despues hubo alguna novedad, la ignóro. Puede ser que aquellas atestaciones no se hallasen tan fieles, como se publicó. Pero mas de creer es, que si las contestaciones duran aun, las fomenta por la parte negativa unicamente el espíritu de emulacion y parcialidad; porque habiendo llegado á hacerse esta cura precautoria aun en personas de la familia Real de Inglaterra, como se lee en las mismas *Memorias de Trevoux*, cómo es creíble que no precediese una experiencia infalible de su seguridad?

64 Ni se me oponga que si la experiencia fuese tan constante, ya habria quietado todas las contradicciones. Poco conoce la fuerza de las pasiones humanas quien juzga sólida esta réplica. Los que contradicen, ó por una preocupacion ciega, ó por emulacion, ó por interés, ó por envidia, rara vez se rinden aun á la misma evidencia: ni hay evidencia que cierre todas las puertas á un falso esugio, ni á mil objeciones sofísticas, en quien dominado de alguna de aquellas pasiones se busca. ¡O cuánto he palpado yo esta verdad desde que empecé á escribir para el público!

En

65 En efecto algunas objeciones que se hicieron contra la inoculacion fueron de las mas ridiculas del mundo. Ciertos Presbyterianos rígidos lo hacian causa de Religion, asegurando que aquella práctica era opuesta á la soberanía, y á los Decretos de Dios: y un Teólogo Protestante predicaba que era invencion diabólica, procurando persuadir que el demonio, mediante la inoculacion, habia comunicado á Job las viruelas, y que esta habia sido la enfermedad que tanto afligió á aquel Santo Patriarca. ¡En qué absurdos no precipita el ardor violento de una controversia! Entre quantos pasan plaza de cuerdos en el mundo, no hay hombre alguno tan parecido á un loco como un disputante apasionado.

66 A vueltas de tan reñida question se vino á saber una cosa harto curiosa; y es, que la cura precautoria de viruelas que tanto ruido hacia como traída de Turquía, estaba mucho tiempo antes establecida dentro de la misma Inglaterra. Esta práctica era frecuente desde tiempo inmemorial en la parte Meridional de la Provincia de Gales, y se hacia de dos maneras, ó refregando una parte del cutis contra las postillas de un virolento, ó haciendose en él algunas picaduras con una aguja mojada en la materia purulenta de las postillas. Esto se llamaba comprar las viruelas. En efecto era asi, que se concertaban en algun baxo precio con el doliente; y se alegan testimonios fidedignos de que ninguno que adquiria las viruelas con este método padecia segunda vez; como ni tampoco habia memoria de que alguno muriese de las viruelas artificiales, exceptuando una muger en la qual concurrieron las circunstancias especiales de haberse hecho alguna herida, y de haber comprado las viruelas á un enfermo que estaba muy á los ultimos.

§. XV.

67 Concluirémos este Discurso, manifestando tres errores capitales de donde se derivan otros infinitos, y que por falta de reflexion se incurren en las expe-

ii-

rimentales observaciones. El primero es el de tomar por efecto lo que es causa, y por causa lo que es efecto. El segundo, tomar por causa alguna cosa que por accidente concurre sin influxo alguno. El tercero es, entre dos efectos de una misma causa, tomar uno por causa de otro. Pondré exemplo de estos tres errores en observaciones pertenecientes á la Medicina; porque importa mucho mas el desengaño en esta materia, que en otras de Física comun.

68 Sucede, que uno, acosado de una sed ardiente y extraordinaria, sin causa manifiesta de ella, bebe agua con grande exceso, y dentro de algunas horas le asalta una fiebre ó una fluxión ácre. Es corriente en este caso atribuir la indisposicion al exceso cometido, y aprehender este como causa de aquella. Está tan lexos de ser así, que antes la indisposicion es causa del exceso. Nótese, que hablo del caso en que la sed no fue ocasionada de causa manifiesta, como de haber hecho algun exercicio violento, ó haber padecido algun gran calor, ú del Sol ú del fuego, ú de haber estado mucho tiempo sin beber. Puestas así las cosas, es claro que la sed nació de causa interna. ¿Y qué causa interna? No otra, que la disposicion morbosa que ya habia empezado á reynar dentro del cuerpo, ú digase de otro modo: el humor ácre ó salso, que ya se habia puesto en movimiento, y velicando las fibras donde se hace la sensacion de la sed, la habia excitado. Todo efecto preternatural y extraordinario pide causa preternatural y extraordinaria: Supónese, que la sed lo fue, y que no hubo causa externa á que atribuirlo: luego hubo causa preternatural interna; y no es otra cosa que esto la disposicion morbosa.

69 Por falta de esta advertencia se cometen gravísimos errores en la Medicina; porque tomando al revés el rumbo de la naturaleza, es preciso errar el camino de la cura. Lo que es efecto se aprehende como causa, á que es consiguiente aplicar como medicina, lo que es veneno: pues ya se ve, que si se acusa la humedad y frialdad de la agua como causa de la dolencia, quando tiene toda la culpa un

lau-

humor ácre, salso, mordáz, ú ardiente, el Medico irá á corregir aquella, y los correctivos de aquella son incentivos de este.

70 Esta especie de error no está limitada al caso que hemos propuesto; antes tiene una extension dilatadísima. Inclínome mucho á pensar que todos los movimientos extraordinarios y vehementes, tanto de la irascible como de la concupiscible que preceden en la distancia de pocas horas á las enfermedades en su estado visible, y no tienen causa especial externa, son efectos de ellas consideradas en su principio; quiero decir, en aquella primera agitacion del humor pecante. Concibe un sugeto una grande ira por algun leve motivo, del qual tiene experiencia que en otras infinitas ocasiones no le alteraba poco ni mucho: á la ira succede inmediatamente, ú dentro de pocas horas, una fiebre. Júzgase que la ira es causa de la dolencia; y yo digo, que la dolencia es causa de la ira. Pues este hombre en su estado natural nunca padecía algun violento raptó de cólera por el mismo, ni aun por algo mas fuertes motivos, parece consecuencia forzosa que el que ahora padece, sea efecto de causa preternatural y extraordinaria que tiene dentro de sí; la qual no puede ser otra, que aquel primer movimiento fermentativo del humor pecante, que poco despues se hace manifiesto al tacto en el pulso. En efecto, es facil observar, como yo lo he observado muchas veces en mí y en otros, que la irascible está mucho mas pronta á inflamarse, aun con levísimas ocasiones, en aquellos primeros amagos ó casi insensibles preliminares de qualquiera indisposicion tanto quanto grave.

71 No por eso niego que el ardor de la ira pueda encender el de la fiebre. Tiene sin duda aquella una proporcion grande para ser causa de esta, y se puede discurrir que lo es, quando respectivamente al temperamento del sugeto hubo ocasion bastante para la cólera; mas quando no la hubo, lo mas que pudo pensarse, es que la ira haya dado algun aumento á la indisposicion subsiguiente.

guiente, la qual aun sin eso existiera, aunque en grado mas remiso. Lo mismo que decimos de la ira, se debe aplicar á la tristeza y al miedo, que son en el lenguaje Filosófico, pasiones pertenecientes á la parte irascible.

72 Con no menos generalidad se puede razonar en orden á los afectos de la concupiscible. Qualquiera apetito vehemente totalmente insólito al sugeto respectivo á objeto ordinario que freqüentemente ocurría á sus sentidos, y que esté desnudo de toda circunstancia especial externa que pueda excitar la inclinacion, se debe discurrir que nace de alguna preternatural disposicion interna. La explecion ó satisfaccion de aquel extraordinario apetito, nunca dexa de qualificarse de exceso, á cuyo mal influxo se atribuye la indisposicion que poco despues se descubre; siendo asi que la indisposicion que antes estaba oculta irritando el apetito, fue causa del exceso, no el exceso de la indisposicion.

73 Este error se comete freqüentísimamente. Uno, que miró siempre con indiferencia tal ó tal manjar, pongo por exemplo las lechugas, se halla con apetito vehemente de ellas, y cena dos ú tres. Si amaneca despues con dolor de cabeza, ó con una fluxion al pecho, ó con diarrea, no dexará de echar la culpa á las lechugas, las quales ya hallaron hecho el daño dentro del cuerpo, y el daño que estaba dentro del cuerpo, induxo á cenar las lechugas.

74 No por eso quiero decir que los desordenes del apetito no causen freqüentemente varias enfermedades. Nótese bien las circunstancias con que visto mis aserciones, cuya inadvertencia, en muchos de los que leen mis escritos, es causa de que me hagan mil objeciones impertinentes. Digo, que mi resolucion se debe entender quando el apetito es vehemente, extraordinario al sugeto, y no ha habido causa alguna externa que pudiese irritarle; porque debaxo de estas circunstancias es preciso que la haya interna, y que sea de bastante gravedad

pa-

parece merecer el nombre de disposicion morbosa; á lo que no llegaria, si el apetito, aunque extraordinario, fuese leve.

75 Confirmase eficazmente lo dicho con la reflexion de que la diversidad de apetitos nace sin duda de la diversidad de temperamentos: de donde es consiguiente forzoso, que á toda alteracion en el temperamento se siga alguna alteracion en el apetito. Asi es facil ver, que ningun enfermo conserva el apetito perfectamente en el mismo tenor que le tenia en el estado de sano; y esto, no solo en quanto á la cantidad de comida y bebida, mas tambien en quanto á la calidad; y no solo en orden á los objetos del gusto, mas tambien de las demás potencias, asi internas como externas.

§. XVI.

76 **E**L segundo error capital de las observaciones experimentales, que consiste en tomar por causa lo que concurre casualmente, y ni es causa, ni efecto, aun es mas freqüente que el primero. Apenas hay enfermo que no presuma tener bien averiguada la causa de su mal, y esta causa la halla siempre en qualquiera particularidad que haya tenido poco antes en su modo de vivir, tenga ó no proporcion con la dolencia que le aflige. Una aceytuna que haya comido fuera de su costumbre, medio quarto de hora mas de madrugada, dos gotas mas de bebida, dos pasos menos del exercicio ordinario, y otras cosas aun mas impertinentes, se juzgan tener la culpa en el mal que ocurre, sin advertir que esta máquina nuestra en la debilidad de su propia contextura tiene suficientísimo principio para sus quiebras. Los humores del cuerpo, aun quando el influxo de todas las causas externas, y quanto depende de nuestro alvedrio estuviese siempre reglado en una perfecta uniformidad, no dexarian de padecer varias alteraciones. La eterogeneidad de ellos, no solo respectiva de unos á otros, mas aun de las particulas de cada uno, los conduce necesariamente á diferentes estados. Si considerasen esto bien aquellos espiritus supersticioso-

ciosos, idólatras de su salud, que en orden al propio régimen quieren pesar aun los átomos, se librarian de aquel continuo afán con que viven, y que es mas molesto que las mismas indisposiciones de que con terror pánico huyen.

77 Pero la acusacion mas vulgar de todos es contra el tiempo. El que no hace excesos no descubriendo otra causa de sus males, echa la culpa al tiempo; y aun el que los hace, suele echarsela por no culparse á sí mismo. Que sea templado, que frio, que caliente, que humedo, que seco, que vario, que constante, nunca falta alguna quiquilla por donde hacerle el proceso. Si en Julio, como suele, hace calor correspondiente á la estacion, se dice que el calor es causa del mal; si el calor es mas benigno ó templado, tambien se le culpa con el motivo de que no es conforme á la estacion aquella templanza. Lo mismo sucede respectivamente al frio, ó mas intenso ó mas remiso en el Invierno. Si el tiempo es vario, nadie hay que no le suponga delinquente; pero si es constante, tampoco se exime, porque se dice que nuestros cuerpos necesitan indispensablemente de la alteracion de temporales: que qualquiera tempéie que dure mucho, les hace guerra: que el frio los constipa, el calor los disipa, la humedad los ahoga, la sequedad los consume.

78 Varias veces he notado, que á dos enemigos nuestros se imputan vulgarmente casi todos nuestros males: al demonio todos los de la alma; al tiempo los mas de los del cuerpo. Apenas hay quien, á fin de minorar en parte su delito, no diga que el diablo le tentó. Tan irracional es quien piensa que si no hubiese diablo que nos tentase, nunca pecaríamos, como quien juzga que reglando el tiempo en alguna forma, la mas perfecta de todas, nunca estaríamos enfermos. Dentro de nosotros, en el fondo de nuestro mismo sér está el origen de todos nuestros males, así espirituales como temporales: por su propio peso es llevada nuestra naturaleza á una y otra ruina; aunque á la primera siempre con
li-

libertad; á la segunda muchas veces sin dependencia del alvedrio.

§. XVII.

79 **E**L tercer error de las observaciones experimentales, aunque no tan frecuente como los dos primeros, no dexa de ocurrir bastantes veces. Si el que (pongo por exemplo) por haber hecho algun exercicio muy violento, excede en la bebida, padece luego una fiebreçilla, ordinariamente se le imputa esta al exceso en la bebida; porque el comun de los hombres apenas considera otros excesos nocivos á la salud, que los del paladar. Sin embargo, como un exercicio violento, por lo que enciende la sangre y conturba los demás humores, es mucho mas proporcionado á excitar la fiebre que el exceso en la bebida, especialmente si ésta en la qualidad es templada, es mucho mas racional juzgar que el exceso en la bebida no tuvo algun influxo en la fiebre, sino que la fiebre y el exceso, ambos fueron efectos del exercicio.

80 Creo que de esta equivocacion de aprehender entre dos efectos de una misma causa el uno por causa del otro, nació la sentencia tan válida entre los Medicos, de que todas las fluxiones catarrales en qualquiera parte del cuerpo que hieran, (comprehendiendo muchos aun la Gota) baxan de la cabeza. Sucede, siempre que se padece alguna molesta fluxion en qualquiera parte del cuerpo, sentirse, ú dolor, ó por lo menos pesadéz en la cabeza. De aqui, digo, es muy creible que vino el colocar en el cerebro el origen de todas las fluxiones, lo que ya no pocos Modernos contradicen, y en mi sentir con bastante fundamento.

81 Lo primero, yo no sé por qué los humores viciosos, que son materia de las fluxiones, han de hacer el gran rodéo de transitar por la cabeza para venir á caer en esta ó aquella parte, pudiendo, en virtud del círculo que hacen con la sangre por venas y arterias, derivarse de estas inmediatamente á qualquiera miembro?

82 Lo segundo, que si en el cerebro se amontonase tan-

tanta copia de humor, quanta cae en algunas fluxiones, le hiciera totalmente estúpido é inepto para todas sus funciones.

83 Lo tercero, que no es facil señalar el conducto por donde el humor se deriva de la cabeza. Muchos dicen, que por el hueso Ethmoides, ó Cribose. Pero Schneidero lo contradice, porque no se notan en él algunos agujeros por donde el humor se cuele, especialmente siendo pituitoso y craso, como lo creían los Antiguos: á que se añade, que este hueso está apretadamente ceñido de las meninges, y de la tunica interior de la nariz. Es verdad, (como advierte el Doctor Martinez en su *Anatomía completa*) que su parte superior es muy porosa, y por eso se llama Cribose, ó Espongioso; pero como esos poros no lo taladran todo (aun dexando aparte el embarazo de las tunicas que le ciñen), no podrá derivarse por ellos el humor. Si se dice que baxa por los nervios; pregunto, ¿cómo no causa en ellos obstrucciones, y otros peligrosos efectos?

84 Lo quarto y ultimo, que qualquiera conducto que se señale, se ofrece la grave dificultad de ¿cómo en él, y en las partes inmediatas no se hace sentir, sí solo en aquella que se considera termino ó asiento suyo? No es totalmente increíble, que si el humor fluyente ó al pecho, ó al estómago, ó á los intestinos, ó á las articulaciones de los pies, baxa de la cabeza, no se haya de sentir (siendo por lo comun tan ácre, y mordáz) en las partes intermedias? Esta dificultad, que muchos años ha me ha ocurrido, he propuesto á algunos Medicos; pero no me hice bastantemente capáz de sus soluciones.

85 Si se me opone, (lo que arriba hemos apuntado) que es frecuente acompañar dolor de cabeza á las fluxiones que se hacen á otros miembros: Respondo, que de eso no se puede inferir que el humor fluyente baxe de la cabeza. Lo primero, porque muchas veces, aun las mas (como en mí mismo he observado bien) no hay dolor de cabeza; y para que la ilacion fuese buena, debiera haberle siempre.

Lo

Lo segundo, porque aun quando acompañase regularmente el dolor de cabeza á la fluxion, se evacuaria oportunamente la dificultad, diciendo que su concurrencia simultánea depende de que son efectos de una misma causa, no uno causa de otro. De hecho la razon persuade que esto sea así. El humor ácre, que separandose de la masa de la sangre, fluye á esta ó á la otra parte, no tiene estorvo para verter alguna porcion suya en la cabeza y excitar dolor en ella, mayormente porque el asiento de dicho humor fluyente son las glándulas, entre quienes puede numerarse el cerebro; por cuya razon Hipócrates, y Warton le llaman la grande Glándula.

86 Si se me replica, que en toda fluxion algo fuerte, ya que no dolor propiamente tal, á lo menos se percibe un genero de pesadéz en la cabeza, por lo qual está menos apta para todas las operaciones que se exercen en aquel órgano, confesaré que es así; pero añadiré dos cosas. La primera, que esto no es privativo de las fluxiones. En las demás enfermedades sucede lo mismo, sin que por eso pretendan los Medicos (exceptuando los pocos que siguen á nuestra Doña Oliva de Sabuco) que todas dependen de la cabeza. La segunda, que esa pesadéz ó ineptitud tampoco es privativa de la cabeza. La misma, si se hace reflexion, se observa en los demás miembros. Qualquiera que padezca una fluxion fuerte, que sea en la garganta, que en el pecho, que en el estómago, que en otra qualquiera parte, hallará que tiene todo el cuerpo mas pesado que en el estado de sano: que todos los miembros están menos aptos para el movimiento: que todos, á poco que trabajen, se fatigan mucho. Así con ninguna razon se atribuye á la cabeza, como propia privativamente de ella, una pesadéz compañera de todas las fluxiones, quando esta es comun á los demás miembros; y por no hacer reflexion sobre esto, se ha creido venir todas las fluxiones de la cabeza.